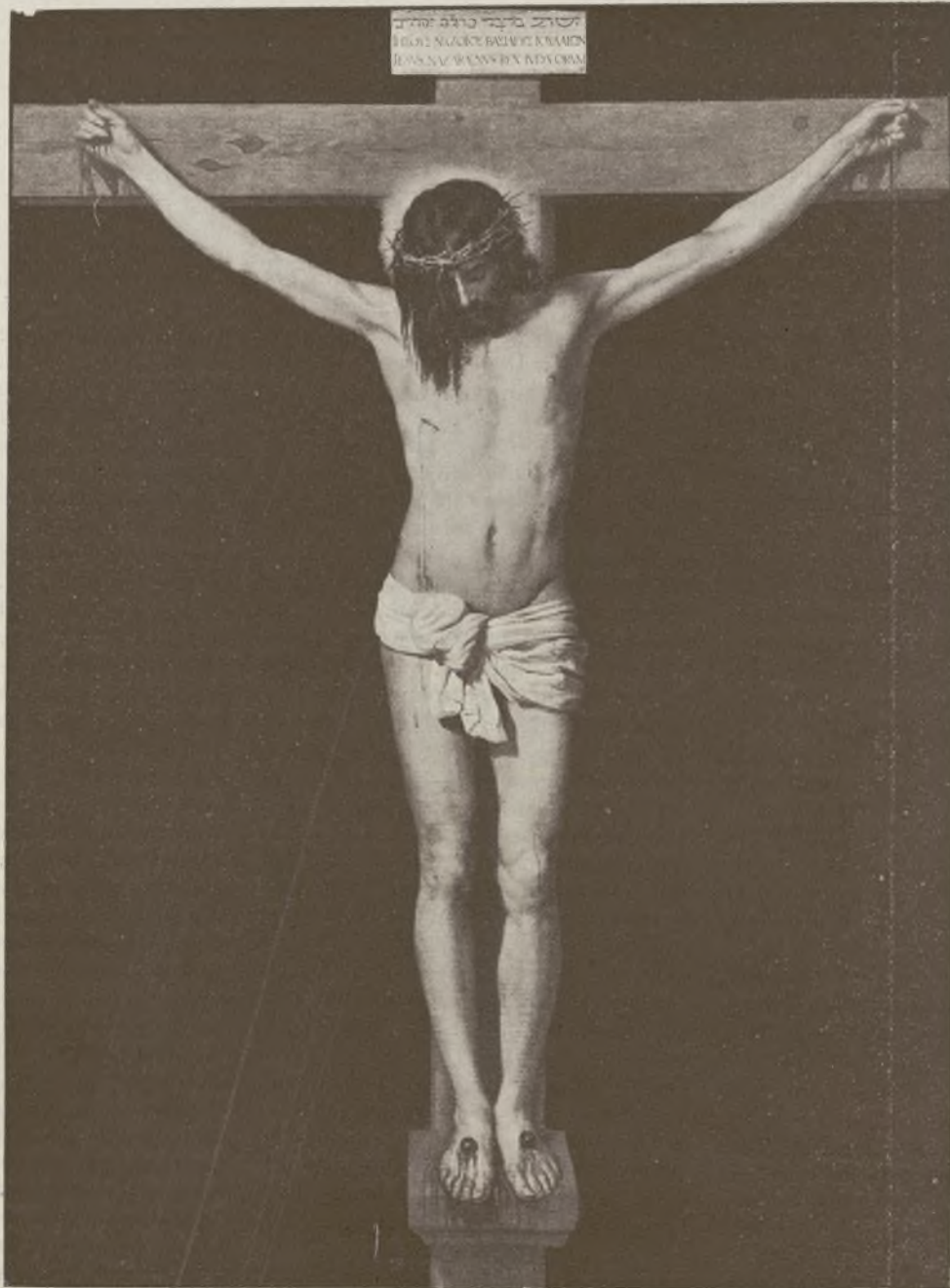


# España Evangélica

Año VII. - Núm. 322.

Madrid, 25 de Marzo de 1926.

Precio: 15 céntimos.



CRISTO EN LA CRUZ  
EL FAMOSO CUADRO DE VELÁZQUEZ





## LA ENTRADA TRIUNFAL



ERUSALEM, Jerusalem!» Esta duplicación de la palabra, coincidente con momentos de profunda emoción en el ánimo de Cristo, nos indica

hasta qué punto la capital judaica había sido una de las grandes preocupaciones del Divino Maestro. Los Evangelios sinópticos nos dicen poco de la obra de Jesús en aquella ciudad de sus anhelos; pero el Evangelio de San Juan nos presenta repetidas veces lo que podríamos llamar el *forcejeo* de Jesús con aquel pueblo prosaico y duro, materializado por el saduceísmo o petrificado por el fariseísmo. Él quería convencerlos de que la hora de su visitación había llegado; que tenían ante sí al Enviado de Dios para realizar el santo ideal inspirador de toda la historia de aquel pueblo; que debían prestarse a la suprema aventura de intentar sobre la tierra un Reino de Dios digno de tal nombre, en el cual las realidades espirituales tuviesen preferencia sobre todas las demás, que vendrían por añadidura. Él quería lo que en verdad hubiera podido llamarse la «unión sagrada»: juntar los hijos de aquella ciudad como la gallina junta los pollos debajo de sus alas. La ciudad, sin embargo, no reaccionaba ante estímulo tan poderoso. «¡Jerusalem, Jerusalem!»

Un día, Jesús intenta el esfuerzo supremo. El manso y humilde de corazón manda a sus discípulos por el asno y el pollino, al acercarse a Jerusalem, seguro de que, en cuanto su figura destacase sobre el concurso de galileos peregrinos y de amigos ganados en Jerusalem, las aclamaciones de bienvenida usuales para los visitantes a la ciudad santa se convertirían en himno mesiánico, y su entrada, vitoreado en Jerusalem, sería el aldabonazo que hiciese salir de su marasmo a aquel pueblo sin decisión ni voluntad. Los discípulos traen el asno y el pollino, y, al disponer lo necesario para que Jesús monte en éste, el cariño, la adhesión de los íntimos tiene una oportunidad de manifestarse. Con sus ropas hacen más cómoda aquella rústica cabalgadura, y cuando ya el asnillo, más dócil que aquel indómito pueblo, da sus primeros pasos con su preciosa carga, los demás discípulos y los paisanos de Jesús de Nazareth tienden sus mantos por el camino y agitan ramos de palmas y olivos, clamando entusiasmados:

¡Hosanna al Hijo de David!

¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

¡Hosanna en las alturas!

La esperanza de Jesús en cuanto al calor de sus discípulos estaba cumplida. ¿Cómo respondería la ciudad?

Porque todo esto pasó, como dice después San Mateo reflexionando sobre el acontecimiento, para que se cumpliera lo que fué dicho por el profeta: «Decid a la Hija de Sión». Zacarías no usa precisamente estas palabras, sino dice: «Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalem». Pero el evangelista prefiere las de Isaías (cap. LXII, versículo 11), porque indican que aquella entrada triunfal era un mensaje para Jerusalem. Dado lo que había ocurrido, era muy difícil afirmar que se habían cumplido las palabras mismas de Zacarías en su totalidad. La Hija de Sión no se había alegrado mucho. No había dado voces de júbilo la Hija de Jerusalem. No se había dejado ganar por el Rey que venía a ella, justo y salvador, humilde y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna. Pero sí se le había *dicho* a aquella ciudad: «He aquí tu Rey viene a ti».

¿Tenemos razón al afirmar que Jerusalem no fué ganada, ni aun transitoriamente, por la entrada triunfal? Ciertamente que sí. Una multitud, aunque en ella hubiera muchos hierosomilitanos, y los había entre los que aclamaron al Salvador, no es la ciudad de Jerusalem. Ésta se alborotó, se conmovió, diríamos se desesperó en su sueño mortal, pero no pasó más adelante de preguntar «¿Quién es éste?», ni de presenciar con relativo agrado la purificación del Templo. Bien pronto los enemigos del Señor se recobraron, y cuando ya se decidieron a intervenir eran sólo las voces simpáticas de los muchachos que ayudaban en los servicios del Templo las que repetían las aclamaciones: «Hosanna al Hijo de David». La ciudad había vuelto a su frío de muerte.

Oradores y escritores han usado mil veces el contraste entre el Domingo de Ramos y el Viernes Santo para ejemplificar lo instable de la humana popularidad.

## SUMARIO

La entrada triunfal (Adolfo Araujo). — En la Santa Cena (C. Araujo). — Eucaristía (Claudio Gutiérrez Marín). — Las siete palabras (Juan Fliedner). — La oración del pagano (Manuel Gutiérrez Marín). — ¿Quién es éste? (Laura Martínez). — Bosquejos para sermones: Las siete palabras. — De actualidad. — Con motivo de un cumpleaños: Rdo. Manuel Carrasco. — Información Evangélica. — Nuestra estafeta. — Esfuerzo Cristiano. — Escuela Dominical.

Es usual decir que el mismo pueblo que el Domingo de Ramos agitaba palmas en honor de Cristo, gritaba el Viernes Santo ante Pilato: «Crucifícale». Sin embargo, la realidad es que se trataba de dos públicos enteramente diferentes: el contrario a Jesús buscado entre las heces de la gran ciudad y el favorable a Jesús intimidado ya el Viernes por la astuta manera en que se había logrado el prendimiento y el juicio del Justo. La gran zona media de la población de Jerusalem fué la masa neutra, cobarde, incapaz de acción, suspicaz aun ante el más noble caso de grandeza moral, aunque a esa masa bien podía aplicarse la palabra de Jesús: «El que no es conmigo, contra mí es».

¿Qué habría ocurrido si Jerusalem hubiera aceptado a Jesús como su Rey? Es difícil imaginarlo. Pero casi puede asegurarse que no se hubiera cumplido el temor real o fingido de Caifás de que los romanos quitasen aún la sombra de nacionalidad que quedaba al pueblo judío. Es muy probable que no hubieran sido los romanos el inconveniente mayor para que se ensayase seriamente una renovación nacional, fundada en principios religiosos. El reino que Jesús quería ejercer no era más incompatible con Roma que la vigencia de las leyes mosaicas y las costumbres religiosas de los judíos. Roma sabía respetar. Jesús no tenía ambiciones terrenales. El gran conflicto entre el bien y el mal habría de todos modos venido, y el gran sacrificio de la Víctima inocente se habría consumado; pero por otros caminos, y no sin que antes tomaran forma concreta ante los ojos humanos los principios inmortales de Jesús. Quizá estamos teniendo que afrontar hoy por nosotros mismos problemas que el Rey Divino nos habría dado resueltos a la perfección. Probablemente, la cristianización del mundo habría sido mucho más rápida a haberse podido realizar, en parte al menos, el reinado mesiánico.

Pero éste no es el fracaso de Jesús, sino de Jerusalem. Cuando la hora vino, Cristo estaba dispuesto; pero la ciudad del Gran Rey resultó indigna de su nombre y de su historia. Con su ofrecimiento, Jesús la hizo inexcusable y limpió sus manos de toda responsabilidad en la catástrofe que cuarenta años más tarde había de venir.

«¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que toca a tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos... No conociste el tiempo de tu visitación.»

ADOLFO ARAUJO.





# JUEVES SANTO



LA CENA DEL SEÑOR

(La celebrada pintura de Vinci.)

## EN LA SANTA CENA

En la mesa del Señor  
medita con seria calma  
cuánto sufrió por tu alma  
tu bendito Salvador.  
Llévóle a la cruz tu amor,  
y allí resignado apura  
el cáliz de la amargura  
que el Padre puso en sus labios,  
para expiar tus agravios  
y darte eterna ventura.  
El amor que te profesa  
es tan profundo y ardiente,  
que no cabe en nuestra mente  
ni con palabras se expresa.  
Es amor que se interesa  
en tu eterna salvación,  
que te compró con su muerte,  
porque tu alma se liberte  
de la eterna perdición.

Atento, pues, considera  
que por ti fué necesario  
que Jesús en el Calvario  
en oblación se ofreciera.  
No pudo de otra manera  
conseguir que tu pecado  
quedase ante Dios borrado,  
y así tan santo Cordero  
pende de infame madero  
por verte justificado.

Mira en el pan a figura  
de su cuerpo sin mancilla,  
que a muerte cruel se humilla  
porque tengas paz segura.  
Mira de su sangre pura  
en ese vino el emblema,  
y haz de su cruz el gran tema  
que eleve tu pensamiento  
donde recibas aliento  
de su compasión suprema.

Como tu mejor amigo,  
mostrándote amor sublime,  
el mismo que te redime  
está en la mesa contigo.  
Considera que es testigo  
de lo que encierra tu mente,  
de lo que tu alma siente,  
y procura que en ti vea  
lo que agradable le sea,  
porque Él es omnividente.

En el acto hay bendición,  
si vas a la Santa Cena  
con alma creyente, llena  
de humildad y sumisión.  
Eleva tu corazón  
de su amor a las alturas,  
respira las auras puras  
de su comunión sagrada,  
y tu alma iluminada  
irá por sendas seguras.

C. ARAUJO.

## EUCARISTÍA

I

Entristeció una voz la Santa Cena,  
una voz tan humilde en su amargura,  
que fuerza a confesar cómo la pena  
jamás halló expresión de más dulzura.

«Mi postrimera hora se avecina,  
profetizó el Señor: de cierto os digo  
que mi siembra en la tierra ya termina,  
y quien ha de entregarme está conmigo.»

Enmudeció Jesús; mas intriguado  
cada cual por sí mismo, al Ser amado,  
«¿soy yo, soy yo, Maestro?», repetía,

y Jesús, señalando al gran culpable,  
«¿tú lo has dicho!», gimió, y el miserable  
Judas, turbado aún, se sonreía. . .

II

¡Oh, bienaventurado quien acuda  
a recibir el santo Sacramento,  
llevando el alma libre de la duda  
y limpio el corazón de fingimiento!

¡Cenar con Cristo! Hacerse solidario  
de sus tormentos, y, en amor profundo,  
prometernos subir hasta el Calvario,  
si nos condena, en su ignorancia, el mundo.

Unirse a Dios por invisibles lazos,  
dejando nuestras almas en sus brazos  
disfrutar de una gloria indefinida,

y no olvidar que, con el pan y el vino,  
nos da Jesús, en símbolo divino,  
paz, amor y humildad. . . ¡su propia vida!

CLAUDIO GUTIÉRREZ MARÍN





## LAS SIETE PALABRAS



**R**EALMENTE, cada una de estas palabras es una verdadera revelación acerca del Dios Padre; una lógica consecuencia de las enseñanzas del Hijo del Hombre, y un fruto del Espíritu, madurado en el Árbol de la Cruz.

La primera nos demuestra la existencia de un *perdón* para los que no saben lo que hacen, y nos enseña que Dios Padre está dispuesto a perdonar por la sola intercesión de su Hijo lo que ignorantes y ofuscados hicimos. En consecuencia, hemos de practicar también la oración por aquellos que nos ofenden y ultrajan y experimentaremos cómo se ennoblece el corazón humano con sentimientos generosos y magnánimos que sólo provienen del Espíritu Santo. Solamente aquel que, siguiendo el ejemplo de Cristo, se ejercita en la continua negación de sí mismo en bien de los demás, podrá saborear el fruto que se desprende como primero de aquel Árbol de Salud plantado en la cumbre del Calvario.



La segunda palabra revela que el perdón ofrecido puede ser también inmediatamente otorgado. Nos enseña que al paraíso perdido se llega por el camino del arrepentimiento sincero y se halla entrada franca por la puerta de la misericordia divina, sin necesidad de buscar recomendación ni tener que esperar en la antesala de un purgatorio. Exactamente lo mismo que aquel hijo pródigo del Evangelio, recibe también el ladrón seguridad de estar *hoy mismo en el Paraíso*. ¿No es un fruto del Espíritu Santo que nosotros de la misma manera podamos por fe experimentar celestiales goces en medio de la vida misera que arrastramos? Es, sin duda, un segundo resultado de la relación establecida entre Dios y nosotros, nuevo fruto que sólo en el Gólgota pudo madurar.



Sorprenderá, sin duda, la tercera palabra a los que con la mejor intención seguramente, pero desde luego equivocados, proclaman Reina de cielos y tierra a María, colocándola en un trono más excelso que el del Hijo de Dios, enalteciéndola aún por encima de Dios Padre y calificándola de Madre de la Humanidad y aun Madre de Dios. Las palabras *He ahí*

*tu hijo: He ahí tu madre*, ponían término a vínculos naturales de madre e hijo, que sólo en la tierra tienen razón de ser, si bien estableciendo entre su bendita madre y su discípulo predilecto, precisamente para el resto de la vida terrena, un nuevo lazo de íntimo parentesco espiritual. Desde las bodas de Caná procedió Jesús a inculcar en los suyos la superioridad enorme de nuestras relaciones espirituales con Dios sobre los lazos de la carne. Rica experiencia cristiana, lo mismo para María y Juan como para cualquiera de nosotros, por la influencia del Espíritu, que no sólo ennoblece los lazos naturales entre parientes, sino que los intensifica, de tal suerte que miembros de la misma, o aun de distintas familias, puedan pertenecer a una nueva familia sagrada. Sólo por medio de la Cruz llega a sazón este fruto bendito.



La cuarta palabra, centro de todas, es, a la vez, la más misteriosa de ellas. Pronunciada cuando las tinieblas cubrían toda la tierra y amenazaban con envolver el alma de Aquél que era la luz del mundo, y casi dando razón a los que le suponían dejado de la mano de Dios, sin embargo, revela que «si la angustia es grande, Dios aun es mayor», y que por eso mismo no puede desamparar a los suyos. Aquel grito de su alma: *Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*, es un verso del Salmo 22, de un himno, de una oración que desde su infancia había elevado frecuentemente a Dios y de la que ahora se sirve cuando en su angustia suprema acaso no encontró expresiones propias para dirigirse en oración al Padre. Pero el mero hecho de hablarle demuestra que está en contacto íntimo con Dios y que Dios no le rechaza. Es la última y mayor de todas las tentaciones que Cristo hubo de soportar, enseñándonos a la vez a nosotros a vencer las nuestras. Que Dios, no sólo envía a sus ángeles para que nos sirvan cuando rechazamos al diablo, sino también su Espíritu Santo, que nos hace invulnerables y da al alma su verdadero temple. ¿No es éste un fruto más de las amargas horas que sufrió Cristo en el Gólgota?

Este número ha sido revisado  
por la censura

La quinta, tan concisa como profunda, *tengo sed*, descubre a toda alma que padece hambre y sed de justicia el infinito anhelo suyo de cumplir a la letra la voluntad del Padre, contenida en las Escrituras y, por tanto, de dar cima a su obra redentora; misteriosa sed que atormentó su espíritu durante los tres años de su vida pública. ¡Excelso don del Espíritu Santo, que, ya prometido en el Sermón de la Montaña, llegó a su madurez en este otro Monte de Bienaventuranzas!



*Consumado es*, sexta palabra que, al igual que Dios, terminada la creación, miró y vió que todo lo que había hecho era en gran manera bueno, resume la vida divinamente fecunda de Cristo en el cumplimiento de su sagrada misión, que fué de glorificar al Padre y redimir a la Humanidad; redención que opera el Espíritu Santo en aquellos que por fe se acercan a la Cruz para alcanzar este precioso fruto.



Última palabra, que, como la primera, se dirige directamente al Padre, significando con esto que el principio y fin de su vida se concentraba en Él: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*. Devolvía su espíritu al mismo de quien lo había recibido. Consecuente con la doctrina y ejemplos de la vida entera del Hijo del Hombre, que ni un solo instante de ella dejó de encomendar su espíritu en manos de su Padre. El fruto más rico que nos ofrece a todos el Árbol de la Cruz para el supremo instante de la muerte, salario del pecado, pero también ángel que nos conduce a la gloria eterna.

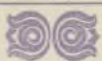
Y cuando llegue mi hora,  
no me abandonarás;  
con tu Cruz salvadora  
pronto aparecerás.  
Si rómpese en la muerte  
mi pobre corazón,  
¡Señor piadoso y fuerte,  
me salve tu pasión!

En mi última agonía  
muestra, Jesús, tu faz;  
y que en tu muerte pia  
fije mis ojos haz.  
Tu imagen contemplando  
expiro en paz aquí  
tu Cruz santa abrazando.  
¡Feliz quien muere así!

JUAN FLIEDNER.







## LA ORACIÓN DEL PAGANO



L loco júbilo de aquella entrada triunfal de Jesús en la Ciudad Santa, borróse con el clamor del «crucifical», salido de las mismas bocas que

gritaron «Hosana, hosana al Hijo de David».

Y en los ojos de los sacerdotes brillaba el gozo del triunfo, viendo la obra perfectamente coronada con aquella cruz que pronto habría de elevarse, sosteniendo el cuerpo del Maestro, el cual tantas veces les había sabido confundir, porque hablaba en nombre de la verdad — y la verdad es el espíritu de Dios —, y porque podía adivinarles bajo los ricos vestidos las lacras que se manifestaban en sus almas, almas sin mácula ante el mundo. En más de una ocasión quisieron prenderle; pero «temían del pueblo», del pueblo que siguió, con curiosidad primero y con admiración después, la ruta santa y gloriosa del Hijo del Hombre; del pueblo que había clamado a gran voz: «¡He aquí nuestro Rey!». Mas ese mismo pueblo, dejándose llevar de sus deseos y dando oídos a la insidia de ellos, vociferó a la puerta del Pretorio, amenazó al gobernador y prorrumpió en carcajadas ante la imponente figura del Nazareno, coronado de espinas y cubierto de irrisoria púrpura. Y después de esto, fué

bien fácil emprender la subida al Calvario tras del Maestro, cruelmente cargado con su propia Cruz, grande y pesada como el pecado de todos ellos.

Ya estaban satisfechos los sacerdotes y los escribas, pero con esa misérrima satisfacción que alegra el corazón del pequeño ante la desgracia del que era más que él.

Aun aquel visible «Inri» les parecía demasiado. Y ya que la ratificación de Pilato no les dejó llevar más adelante sus deseos — que hubieran sido el desgarrar aquella gloriosa acusación —, se regocijaban entre sí, gritando: «Si eres Rey, desciende de tu cruz.»

Y como si las nubes recogieran toda la tristeza del Crucificado, empezaron a oscurecerse.



Viejos olivos en el huerto de Getsemaní.

(Fot Boyer.)

Y Jesús habló para pedir perdón por los que habiéndole colocado sobre la cabeza aquellas espinas que hacían saltar la sangre de la frente hermosa y amargada, y oprimían los cabellos acaso todavía fragantes del ungüento con que una mujer de Betania le ungió en casa de Simón el leproso.

Los labios del Maestro, fuente inagota-

ble del bien durante aquellos tres años, labios hechos para orar al Señor y besar las heridas espirituales que todos tenemos; cárdenos labios, temblorosos por las angustias de la muerte; pero que ante la malsana curiosidad de Herodes permanecieron mudos, se abrieron en el suplicio implorando perdón en nombre del amor. Porque sólo un amor como el que en Él ardía es capaz de mirar por encima de la mezquindad humana para hablar la disculpa de la ignorancia. Y como no podía extender los brazos sobre sus verdugos para bendecirles — ¡porque ellos mismos se los habían clavado contra la cruz! —, suplica la bendición del Padre con el mismo fervor que pone para momentos después entregar el espíritu.

Se espesaron las tinieblas y un viento de tormenta sopló en ráfagas húmedas y heladas. La tierra parecía temblar, y toda la alegría ha huido de ella.

Y es entonces cuando en el corazón de un pagano, a quien la ley del dolor manda permanecer cerca de la cruz, nace una oración que florece en seguida con rotundas palabras, diciendo: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios».

La vida de Jesucristo, que unos cuantos humildes hombres transcribieron, donando de este modo un verdadero tesoro al mundo, es una continua enseñanza de todo lo bueno. Desde la bendita noche de la Natividad hasta el día sombrío de la Crucifixión; desde que Él se aparece a María de Magdala hasta su ascensión a la Casa del Padre ante los atónitos ojos de los discípulos, cada escena,

cada palabra es una enseñanza. Jesús en Getsemaní es una vivida lección de obediencia; ante Pilatos, un ejemplo de paciencia; frente a Caifás, muestra cómo debe ser la humildad; en la Cruz es una lección de resignación, y siempre un modelo de amor a Dios y a los hombres. Y también podemos aprender pulsando el alma de Judas, la cobardía de Pedro, el







secreto de José de Arimatea. Pero he aquí un centurión romano, que acaso estuvo en Getsemani y sintióse avergonzado al encontrarse con aquel hombre, que pálido y sereno ante la turba armada, preguntaba si era a Él a quien buscaban.

No era el alma del rudo soldado como la del centurión de Capernaum que se postra a los pies de Jesús cinéndose así una inmortal corona hecha con flores de amor, humildad y fe. El ligero conocimiento que del Maestro tenía no había podido arrojar de su alma el escepticismo nacido a la sombra de las deidades paganas y en medio del ardor de las batallas. Pero ahora el centurión siguió con atención lo ocurrido desde que el gobernador le ordena el servicio de conducir al condenado y crucificarle en el Gólgota, hasta el instante en que las postreras palabras de Él hendieron los aires con un grito inmenso que fué a mezclarse con el ulular del viento.

Y la boca del pagano murmuró unas palabras que eran ofrenda y anatema al mismo tiempo. Ofrenda, para el mártir cuya cabeza inclinada suavemente parecía asentir una vez más a la voluntad de Dios. Anatema, contra el pueblo judío que, a la reprochadora y sencilla pregunta de Pilatos: «¿Qué mal os ha hecho?», no supo contestar sino con un ronco «¡Crucifícale!».

Cuantas veces evoquemos la figura del capitán romano con la mirada fija en el lívido cuerpo del Señor azotado por la lluvia, el eco de sus palabras nos hablará de algo muy profundo. Ellas, confesando a Cristo, confiesan la verdad y confirman como justo y bueno cuanto Él hizo en aquellos años de incansable siembra. Quizá no tengan la fervorosa dulzura de aquellas que Pedro pronunció diciendo: «Yo sé que Tú eres el Cristo»; pero son sinceras, y, sin duda, su firmeza no vacilaría ante las preguntas de una muchacha, como las del Apóstol vacilaron hasta verse obligadas a cobijarse a la sombra de una triple mentira.

La convicción del soldado salió de sus labios con ritmos de salmodia y sabor de oración. Y salió espontáneamente, porque él había «visto» y «oído».

Y nosotros estamos viendo y oyendo cada día las obras de Dios y aún no tenemos el valor de exclamar con la misma rotunda firmeza del centurión: «¡Verdaderamente Cristo es Hijo de Dios!».

La oración del pagano se elevó entre las carcajadas del ladrón irredento hasta llegar al Cielo, y su espíritu perdurará para siempre — como se elevarán nuestras oraciones, si son así de puras y sinceras —, a pesar de las burlonas risas que la incredulidad pone en la boca de los sordos y ciegos de entendimiento.

MANUEL GUTIÉRREZ MARTÍN

## ¿QUIÉN ES ÉSTE?

*¿Quién es éste que en Belén,  
de la noche en el silencio,  
los mensajeros celestes  
proclaman su nacimiento?*

*— Jesús; que, aunque nace niño,  
de Dios es potente Verbo,  
y por amor a los hombres  
Dios le ha enviado del cielo.*

*¿Quién es éste que el bautismo  
en el Jordán recibiendo,  
las nubes sobre él se abren  
y suena una voz del cielo?*

*— Jesús; de Dios Hijo amado  
que en él tiene sus afectos,  
y desea que los hombres  
le presten acatamiento.*

*¿Quién es éste que en Caná,  
a nupcial fiesta asistiendo,  
el agua convierte en vino  
no más que con su deseo?*

*— Jesús; que con su presencia  
santifica el himeneo,  
y los lazos de familia  
enseña como perfectos.*

*¿Quién es éste que da vista  
al ciego de nacimiento,  
y a la madre desolada  
devuelve el hijo que ha muerto?*

*— Jesús, que viene a traer  
las nuevas del Evangelio,  
y es vida y resurrección  
del vivo, como del muerto.*

*¿Quién es éste que en la mar  
calma el furor de los vientos,  
y tranquilidad devuelve  
al turbado marino?*

*— Jesús; que tiene dominio  
en todos los elementos,  
y cuanto contiene el mundo  
a Él se encuentra sujeto.*

*¿Quién es éste a cuyo paso  
ramas alfombran el suelo,  
y al que con vivas y hosannas,  
la multitud va siguiendo?*

*— Jesús; el que en Nazaret  
vivió como humilde obrero;  
mas en nombre del Señor  
viene a visitar su pueblo.*

*¿Quién es éste que cenando  
con los suyos el cordero,  
el pan y el vino les da  
como emblema de su cuerpo?*

*— Jesús; que amándolos siempre,  
al llegar este momento,  
con este acto les deja  
memorial de amor eterno.*

*¿Quién es éste que en el Gólgota  
pendiente está del madero,  
y por los que le atormentan  
al Padre eleva su ruego?*

*— Jesús; Salvador bendito  
que su sangre está vertiendo  
para dar eterna vida  
al que está en pecados muerto.*

*¿Quién es éste que sacude  
del sepulcro el yugo fiero,*

*y entre nube luminosa  
se eleva después al cielo?*

*— Jesús; que habiendo triunfado  
de la muerte y del infierno,  
sube a preparar mansión  
a los suyos, en su reino.*

*Señor Jesús: yo a tu lado  
estoy hace mucho tiempo,  
tus palabras escuchando,  
tus beneficios sintiendo.*

*Quiero conocerte más;  
da luz a mi entendimiento,  
pues quien te conoce bien  
tiene la ciencia del cielo.*

LAURA MARTÍNEZ.

## BOSQUEJOS PARA SERMONES

### LAS SIETE PALABRAS

INTRODUCCIÓN: Su gran importancia.

1. Por ser del Rey de reyes.
2. Por ser del Señor de señores.
3. Por ser de nuestro Dios y Salvador.

I. Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Lc., XXIII, 34.

1. ¿Quién pide perdón? — Un justo.
2. ¿Dónde lo pide? — En un patíbulo.
3. ¿A quién lo pide? — Al Dios y Padre.
4. ¿Por quiénes pide? — Por sus enemigos.

II. De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso. Lc., XXIII, 43.

1. Nobleza de un reo. — Reconoce su pecado: «Justamente padecemos».
2. Valor en un pecador. — Confiesa a Cristo inocente: «Este ningún mal hizo».
3. Deseos de un culpable. — Salvación: «Acuérdate de mí».
4. Promesa de Cristo Rey. — Le ofrece su mansión: «Hoy estarás conmigo».

III. Mujer, he ahí tu hijo... He ahí tu madre. Juan, XIX, 26-27.

1. La madre dolorida, llamada: «Mujer».
2. La madre amante, legada: «He ahí a tu hijo».
3. La madre afligida, confiada: «He ahí a tu madre».
4. Obedeció a su madre viviendo y la amó muriendo.

IV. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado. Mt., XXVII, 46.

1. La víctima escogida, en holocausto.
2. El inocente llevando nuestro pecado.
3. La espada de la Justicia que defiende la entrada del paraíso hiere a Cristo.
4. El Cordero de Dios sin mancha sacrificado.

V. Sed tengo. Juan, XIX, 28.

1. Sed abrasadora al faltarle la sangre.
2. Sed de amor ante el odio del mundo.
3. Sed de corazones convertidos a Dios.
4. Sed de almas que se lleguen a Él.

VI. Consumado es. Juan, XIX, 30.

1. El castigo llevado y la justicia satisfecha.
2. La Humanidad redimida y el Paraíso abierto.
3. La ley cumplida y la gracia derramada.
4. El justo condenado y el culpable salvado.

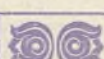
VII. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Lc. XXIII-46.

1. Última súplica de un mártir.
2. Momentos finales de un justo.
3. Deseos postreros de un santo.
4. Resignación y paciencia de Dios Salvador.

CONCLUSIÓN: Imperiosa necesidad.

1. De arrepentirse a Dios para recibir perdón.
2. De acudir a la Cruz para obtener salvación.
3. De imitar a Jesús para ser fiel.

AURELIO DEL CAMPO.











## Esfuerzo Cristiano

### Lo que significa la Resurrección de Cristo.

Dom., 4 de Abril. 1.<sup>o</sup> Cor., 15, 1-20.

#### Lecturas diarias.

Lunes . . .	El que murió, vive. . .	Mat., 17, 1-8.
Martes . . .	Poder de Jesús para salvar . . . . .	Heb., 7, 23-28.
Miércoles . . .	Un hogar más allá de la muerte . . . . .	Juan, 14, 1-4.
Jueves . . .	Una «casa» no hecha de manos . . . . .	2. <sup>o</sup> Cor., 5, 1-9.
Viernes . . .	El premio de más allá. . .	2. <sup>o</sup> Cor., 5, 10-21.
Sábado . . .	Una visión del Cielo . . .	Apoc., 22, 1-5.

#### Notas de introducción.

La Pascua de Resurrección significa que la muerte no es el fin de todo, sino el principio de la verdadera vida. Una fase de la vida, la inferior, terrena, se cierra; pero se abre la otra fase, que es muy superior.

La Pascua de la Resurrección significa la esperanza de encontrar seres queridos más allá de las sombras. Vamos a los nuestros, como Cristo vino a sus discípulos. El cielo no nos separa.

La Pascua de la Resurrección significa el gozo de poder realizar nuestros elevados deseos. La resurrección quita todos los obstáculos que no nos permiten ser lo que deberíamos ser. En ellos son realizables todos los deseos dignos. La Resurrección de Cristo nos enseña que la muerte es terrible sólo en apariencia, pero no en realidad. Es tan natural como el nacimiento, y ambas proceden de la misma sabiduría.

#### Ilustraciones.

El niño llora cuando se le retira la botella del biberón vacía; pero se alegra de nuevo cuando se la reemplaza por otra llena. Nuestra tristeza en la muerte es reemplazada pronto por la inmensa satisfacción de una vida mejor.

La primera cosa que ven los ojos de un niño desvalido es el rostro de su madre, el rostro de amor. Dios ha provisto, seguramente, alguna cosa hermosa en que fijarse nuestros ojos en la vida después de la muerte.

La resurrección nos recuerda que somos peregrinos en este mundo, que nuestro hogar está en el más allá y que debemos vivir en la esperanza de alcanzar aquello de lo cual Cristo dijo: «Voy a preparar un lugar para vosotros.»

#### Temas para pensar.

¿Qué podemos hacer para perpetuar nuestra vida después de la muerte? ¿Qué sostiene a los cristianos en la muerte? ¿Cómo podemos vivir la vida de la resurrección ahora?

### Sociedades infantiles.

El primer Domingo de Pascua.

Dom., 4 de Abril. Mat., 28, 1-10.

Conmemoramos hoy el Domingo de la Resurrección de Cristo, día bendito que nos habla de la victoria de nuestro Señor

sobre la muerte, el postrer enemigo que había de vencer.

Este es, con razón, un día de fiesta cristiana; pues nos dice que el sacrificio de Cristo ha sido aceptado y tenemos francas las puertas del cielo. Si Cristo resucitó, también nosotros resucitaremos; el aguijón de la muerte es sólo el paso a una vida sin término, y al mismo tiempo de dicha permanente para los que aceptan el Evangelio de Cristo.

## Cultos de Semana Santa EN MADRID

### Domingo de Ramos.

*Once de la mañana.* — Beneficencia, Calatrava, Noviciado, Trafalgar y Lavapiés.

*Seis de la tarde.* — Beneficencia y Lavapiés.

*Ocho de la noche.* — Calatrava, Noviciado, Trafalgar y Mesón de Paredes.

### Jueves Santo.

*Seis de la tarde.* — Beneficencia.

*Ocho de la noche.* — Calatrava y Noviciado.

### Viernes Santo.

*Once de la mañana.* — Noviciado, Calatrava y Beneficencia.

*Seis de la tarde.* — Beneficencia.

*Ocho de la noche.* — Calatrava.

## EN BARCELONA

### Domingo de Ramos.

*Diez de la mañana.* — Internacional (Clot) y Triunfo (Pueblo Nuevo).

*Once de la mañana.* — Ripoll, Diputación y Sans.

*Cuatro de la tarde.* — Sans.

*Cinco de la tarde.* — Diputación.

*Seis de la tarde.* — Ripoll.

*Ocho de la noche.* — Clot y Pueblo Nuevo.

### Jueves Santo.

*Ocho de la noche.* — Ripoll, Clot y Pueblo Nuevo.

### Viernes Santo.

*Diez y media de la mañana.* — Ripoll.

## Profesor

Se necesita uno con título, en la Misión Metodista de Barcelona. Dirigirse, con referencias, al Rdo. Samuel Saunders, Ripoll, 22, principal, Barcelona.

## Escuela Dominical

### Jesús aparece a sus discípulos.

4 de Abril.

Juan, 20, 24-29;

21, 15-17.

TEXTO ÁUREO: *Porque me has visto, Tomás, creíste: bienaventurados los que no vieron y creyeron.* — Juan, 20, 29.

De las varias apariciones de Cristo resucitado a sus discípulos, nuestra lección escoge dos, que sólo se encuentran en el Evangelio de San Juan: la aparición a los once, especialmente a Tomás; y la aparición a varios discípulos en el mar de Galilea, con la rehabilitación de Pedro en el apostolado.

Tomás ha llegado a ser el tipo del incrédulo, del hombre que no se satisface sino con pruebas materiales, visibles y tangibles. «Santo Tomás, ver y creer», dice la frase popular, que pone al Apóstol de la duda como ejemplo de los que no se dejan convencer fácilmente.

Pero la incredulidad de Tomás no procedía de dureza de corazón o de antipatía a la verdad, sino todo lo contrario.

Tomás era de un temperamento pesimista, propendía a ver el lado oscuro y sombrío de las cosas, pero amaba intensamente a su Maestro; y cuando Jesús se dirige a él con las palabras de amoroso reproche, «No seas incrédulo, sino creyente», Tomás sale de su triste y sombría duda a la fe más alta y más gozosa que pudo alcanzar discípulo alguno de Jesús «¡Señor mío y Dios mío!»

«Bienaventurados los que no vieron y creyeron.» Ésta es la última de las bienaventuranzas pronunciadas por Cristo, la bienaventuranza de los millones de creyentes que sin haberle visto le han amado, y creyendo en él se han alegrado con gozo inefable y glorificado.

El segundo pasaje nos relata la triple confesión de amor de Pedro, que deshace aquella triple negación del palacio del pontífice.

«Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?» La pregunta del Señor recuerda al arrepentido Pedro los alardes que había hecho antes de su caída.

«Sí, Señor, Tú sabes que te quiero.» Pedro omite ahora toda comparación, pero apela confiadamente a la sabiduría infalible de su Maestro.

Jesús emplea en las dos primeras preguntas un verbo que significa «amar», en su sentido más elevado y espiritual. Pedro, en sus respuestas, usa un verbo que significa amar con afecto personal, apasionado, familiar, algo como nuestro verbo «querer».

De todos modos, este pasaje nos enseña claramente que el amor a Cristo es condición esencial de toda vida cristiana, y que este amor nos debe llevar a servir al Señor en la forma que Él nos mande.

